

NOTAS AL PROGRAMA

DE LA ÓPERA A LA ZARZUELA

Un recital ambicioso el que ha programado Tatiana Melnychenko. Aparece constituido por dos partes claramente diferenciadas, centrada la primera en arias del que podríamos calificar, a grandes rasgos, repertorio verista, y la segunda en canciones y fragmentos de zarzuela en algunos casos coetáneos. Siempre protagonizados por una voz femenina que calificaríamos de lírica ancha o lírico-spinto; como es realmente la voz de esta cantante recientemente premiada en el Concurso Guerrero.

Se abre la sesión con un claro ejemplo de literatura verista ligeramente decadente, perteneciente a eso que se podría llamar verismo blando. Alfredo Catalani fue músico culto, delicado, refinado que supo reutilizar los esquemas tradicionales del melodrama para construir en su sexta y última ópera, *La Wally*, de 1892, «una obra personal y de notable impronta poética, una partitura rápida, interesante, vigorosa y plena de juventud», a juicio del editor Ricordi. Influencias francesas y wagnerianas se dan la mano con las italianas en esta narración romántica que cuenta los desgraciados amores de Wally y Hagenbach (estamos en el Tirol en 1800). El padre de ella, Stromminger prohíbe a la joven esa relación y entrega su mano a Gellner. Ante las protestas de ella, le dice que elija entre eso o dejar la casa. Es lo que finalmente decide Wally. Y nos lo cuenta en el aria más famosa de la ópera, ese “Ebben n'andrò lontana”, una página realmente exquisita y matizada envuelta en una suave melodía y en una vaporosa instrumentación (que en este concierto no percibiremos). Destaquemos ese expresivo grupeto de la palabra “neve”, el ondulante acompañamiento, el sinuoso y sutil dibujo en «è rimpianto». Los dos breves interludios recrean la misma melodía, que encuentra en la voz momentos memorables, como ese giro dado a la frase “né più la rivedrai!”. Un formidable si natural agudo (sola e lontana)

corona el penúltimo verso de esta triste y encantadora aria. El verismo fuerte de los Mascagni, Leoncavallo o Giordano queda muy lejos.

Con el aria más célebre de *Mefistofele* de Boito entramos en otro mundo, recuperador de rasgos de la escritura belcantista aplicados a un lenguaje precursor y voluntariamente hermanado con un wagnerismo a la italiana. Desde el movimiento de la “Scapigliatura”, entre ataques a lo que significaba Verdi y aperturas hacia el germanismo en busca de mensajes trascendentes, a los que los jóvenes Puccini, Mascagni y también Catalani se habrían de abonar de una u otra manera, Boito pretendió abrir nuevas vías. Lo consiguió sólo en parte a través de la gigantesca *Mefistofele*, estrenada en La Scala en 1868 con éxito, una partitura de más de cinco horas que el propio autor hubo de reducir considerablemente en 1875 y que sigue bastante fielmente el contenido del *Fausto* goethiano. Lo que queda es un conglomerado, en ocasiones vecino al pastiche, de números de diverso pelaje con ínfulas filosóficas, lo que era una novedad en el melodrama italiano, dotados de muy irregular inspiración. No puede negarse, sin embargo, la belleza melódica y constructiva de algunas secuencias. Una de las privilegiadas es justamente el aria que hoy escuchamos, trazada en dos partes y de sabor realmente neobelcantista con esa base arpegiada y ese aire un tanto procesional: la melodía es de gran efusión lírica y aparece trufada de efectos de otro tiempo: volate, vocalizaciones, trinos. La voz asciende en su soliloquio al si natural agudo. Asistimos a la queja, al lamento de Margarita ante su triste situación: está en la cárcel después de haber matado a su madre y a su hijo. La música describe bien el alucinado estado de ánimo de la desgraciada joven. Una página de muy difícil ejecución.